

amor engrandece las cosas vulgares con el rastro luminoso que deja tras sí, y modera y subyuga lo porvenir con los destellos que proyecta hacia adelante. Hasta el sufrimiento tiende á unir á los casados más firmemente entre sí. La aflicción da mayor consistencia á la simpatía. Como dice el proverbio oriental, « el que sacude el árbol de la tristeza, siembra con frecuencia los gérmenes de la felicidad. »

CAPÍTULO X

LA TARDE DE LA VIDA. — ÚLTIMOS PENSAMIENTOS DE LOS GRANDES HOMBRES.

¡ Oh vida, hemos vivido juntos largos años, atravesando tiempos buenos y malos ! ¡ Qué triste es separarse dos amigos que se quieren ; casi nos cuesta un suspiro ó una lágrima ! No te detengas, no nos des el menor aviso, escoge el tiempo que gustes ; no nos digas buenas noches, dinos más bien buenos días en alguna otra región de clima más benigno. — MISTRESS BABBAULD.

No ames ni detestes la vida, pero procura vivir bien el tiempo, largo ó corto, que te conceda el cielo. — MILTON.

Todo lo que ha muerto, las razas humanas del universo entero descansan donde la Muerte va amontonando sus tesoros ; la noche tiende su manto de sombra sobre los trabajos diarios de cada uno. — V.

Virtute vixit.
Memoria vivit.
Gloria vivet.

Monumento de Santa Maria de los Angeles en Roma.

La tarde de la vida tiene muchas compensaciones. La juventud tiene sus placeres y la vejez sus recuerdos. Las horas de la tarde de la vida hasta pueden ser las más bellas, así como los más delicados pétalos de las flores son los últimos que se abren. El fruto se desarrolla mientras las flores y los pétalos se marchi-

tan, del mismo modo que el alma adquiere madurez, al paso que el cuerpo parece decaer. Cornaro decía á los ochenta y cinco años: « El espíritu aumenta en perfección á medida que el cuerpo envejece. »

Habiendo preguntado al doctor americano Canning poco antes de su muerte cuál era el período más feliz de su vida, respondió: « Los sesenta años », la edad que él tenía. Coleridge dijo de él que tenía la sabiduría del amor y el amor de la sabiduría. Sus teorías de la vida y de la naturaleza eran igualmente agradables. Hasta puede decirse de él que era un optimista demasiado entusiasta, porque no pareció ver lo triste y terrible de algunos de los aspectos de la vida.

El gran climatérico ó principal período crítico de la vida humana en que el espíritu empieza á decaer gradualmente, se ha fijado en los sesenta y tres años; pero Fontenelle declaraba que la parte más feliz de su existencia fué desde los sesenta y seis hasta los setenta y seis años. Johnson dice que Wähler, á los setenta y dos años, no parecía haber perdido nada de su fuerza poética. Buffón, á los setenta, asegura que sentía la felicidad de vivir como nunca la había sentido hasta entonces. La vida del pasado, decía, que despierta el recuerdo de las antiguas locuras, me ofrece, por el contrario, los placeres de la memoria, agradables pinturas, preciosas imágenes que valen mucho más que los objetos de vuestros placeres; porque son agradables y puras estas imágenes y sólo traen á la memoria recuerdos de amistad.

Un moralista francés dice que el paraíso de la juventud es la vejez y que el de la vejez es la juventud. ¡ Cuán lentamente nos parecen pasar los años cuando somos jóvenes! El día de nuestro nacimiento se pre-

senta con remotos intervalos; el paraíso de la edad madura llega con paso muy tardo; pero á medida que pasan los años, el aniversario de nuestro nacimiento llega cada vez con más rapidez. Entonces miramos hacia atrás, dirigiendo nuestras miradas al paraíso de la juventud, y nos regocijamos con nuestros recuerdos. Feliz el hombre que puede mirar hacia atrás y recrearse con el recuerdo de las buenas acciones y palabras. Cicerón, en su libro *De Senectute*, dice que la vejez es una carga que hay que soportar; aunque su propia vida presenta un admirable ejemplo de laboriosidad, de clásica elegancia y refinamiento, tan hermosamente expresado con estas palabras: *Quiete, et pure, et eleganter actæ ætais, placida ac lenis senectus.*

La tarde de la vida trae á la memoria multitud de alegres recuerdos, especialmente la lectura de nuestros viejos libros favoritos. Á muchos les proporciona deportes y tranquilas ocupaciones, como la pesca, la horticultura y la herborización. Lord Chesterfield, cuando se quedó completamente sordo, abandonó el mundo elegante, y fué á pasar el resto de su vida en su *villa* de Blacheat, cerca de la avenida conocida aún con el nombre de paseo de Chesterfield. Se distraía con la literatura, que, según decía, era la única conversación de los sordos y el único lazo que los une á la sociedad. « He vegetado todo este año, escribe á un amigo suyo de Francia al llegar á los sesenta, sin placer y sin pena. Mi edad y mi sordera impiden lo primero y, mi filosofía, ó mejor dicho, mi temperamento, me preservan de lo segundo. La mejor parte de mis distracciones me las proporcionan los tranquilos placeres de la jardinería, así como también el paseo y la lectura. »

Las Cartas á su hijo fueron publicadas después de su muerte.

Es altamente conmovedor lo que refiere Ricardo Baxter de lo que le indujo á escribir el *Descanso de los Santos*. « Mientras tuve salud, dice, no tuve el menor pensamiento de escribir libros ó de servir á Dios públicamente de otro modo que predicando; pero cuando me vi debilitado por una gran hemorragia y me dejaron solo en mi habitación, en casa de sir Juan Cook, en Derbishire, sin más compañía que mi criado, y sentenciado á muerte por los médicos, empecé á meditar más seriamente acerca del eterno descanso, al borde del cual creía yo estar, y del que no podía apartar mis pensamientos; en medio de mi meditación, empecé á escribir algo sobre este asunto. »

Southey dice: « No pido á los hombres que eviten el ser pobres á medida que envejecen, pero les digo á todos que eviten la vejez solitaria. » El descanso debe ser el objeto de nuestros deseos. De aquí la necesidad para los profesores y otros de procurar adquirir alguna ocupación entretenida, distinta en cuanto sea posible de su ocupación ordinaria. Talleyrand dijo una vez á una persona que no jugaba al whist: « ¿ Ha pensado usted en la miserable vejez que le espera? » Cavour fué un jugador de whist de primer orden, y se distinguía por su buena mano. Durante las sesiones del Congreso de París, jugaba todas las noches en el Jockey Club. Metternich era también un gran jugador de whist, pero hay muchos hombres á quienes no es posible jugar una partida de whist, y que, sin embargo, pueden pasar muchas horas agradables en la tarde de su vida. El gran consuelo de Beethoven, en su ancianidad, consistía en leer las novelas de Wálter Scott y la *Odisea*

de Homero. Se diferenciaba en esto del difunto doctor Gaisford, director del Christ church College. Estando enfermo pidió alguna lectura agradable, y le llevaron una novela de Wálter Scott. « No, no, esto es muy pesado; que me traigan un Diccionario griego. » Sidney Smith dice que cuando quería distraerse leyendo durante su enfermedad, echaba mano de libros como la *Riqueza de las Naciones*.

Hasta los ciegos pueden gozar en el último período de su vida. La privación de la vista ha sido uno de los mayores obstáculos para la carrera de los hombres de genio. De qué modo tan conmovedor lamentaba Milton su pérdida. Privado de la vista, ciego en medio de los enemigos, sin ojos en Gaza, en el molino en compañía de los esclavos, aunque sin perder un átomo de su ánimo y esperanza, el ciego anciano puede aún sostenerse y caminar derecho hacia adelante, y no era su privación todo pérdida. Á semejanza del ruiseñor, que canta en la obscuridad y lanza sus nocturnos trinos en los sitios más escondidos y sombríos, Milton cantó no menos divinamente, aunque sus ojos habían perdido la luz. En verdad, á no ser por la privación de su vista, su *Paraíso Perdido* no se hubiera escrito nunca, pues en la época en que se quedó ciego, se proponía escribir la *Historia de Inglaterra*.

Las compensaciones de la naturaleza son grandes. Las funciones de los sentidos son, en cierta manera, reemplazables, y las que subsisten pueden aumentar su agudeza en compensación de las pérdidas. Cuando se queda uno ciego, el oído se afina extraordinariamente para el placer de los sonidos. El tacto se hace más delicado; los dedos vienen á reemplazar á los ojos; la cara misma se convierte en ojo y lo ve y lo

siente todo. El buen humor y el ánimo suplen en cierto modo la pérdida. De aquí que los hombres ciegos no vivan más aislados que los demás, sino á veces mucho menos. La ceguera dulcifica con frecuencia el carácter, mientras que con la sordera éste se torna generalmente más brusco.

El caso de Kozlor, el ruso, parece ser muy raro. Era no solamente ciego, sino también paralítico de ambos pies. Pero su desgracia desarrolló en él profundo amor á la poesía, que cultivó como solaz durante el resto de su vida ¹.

Euler no perdió la vista sino después de haber estado largo tiempo amenazado de esta desgracia; sin embargo, una vez que la perdió por completo, continuó sus trabajos, y su carácter se mostró más alegre que antes. Su memoria se hizo tan poderosa con el mayor ejercicio, que podía repetir toda la *Eneida* recordando las palabras con que empezaba y acababa cada página. Galileo perdió por completo la vista pocos años antes de su muerte, pero continuó sus trabajos intelectuales hasta el fin. El doctor Túker se vió acometido por la ceguera á la edad de sesenta y seis años: pero no interrumpió sus estudios. Su hija le leía, y hasta aprendió el griego á fin de que su padre pudiese, con su ayuda, continuar en contacto con sus

1. Debemos mencionar aquí á un ilustre ciego español, el famoso Francisco de Salinas, inmortalizado por Fray Luis de León. Habiendo perdido la vista en su primer infancia, llegó á ser el primer músico de su época, así en la teoría como en la práctica. Además estudió las matemáticas, la filosofía, y fué insigne en antigüedades griegas y latinas. Escudriñó tesoros recónditos de la Biblioteca del Vaticano, relativos á la música. Vuelto á España, fué largo tiempo catedrático en Salamanca, y murió á los sesenta y seis años. — (N. del T.)

autores favoritos. Continuó escribiendo mediante una máquina que él mismo imaginó, y su escritura era suficientemente legible para que su hija pudiera copiarla con facilidad. Thierry y Prescott fueron ciegos, aunque no perdieron la vista sino en edad avanzada. Para entregarse á investigaciones históricas, parece absolutamente necesaria la facultad de la vista, á causa de la multitud de libros que hay que leer y consultar de tiempo en tiempo. Sin embargo, teniendo la inteligencia bien provista de antemano, y con el auxilio de otros, ambos historiadores pudieron preparar y publicar libros de gran valor é importancia. Mientras Thierry dictaba á un amanuense, Prescott escribía todas sus obras de su propia mano, valiéndose de un pupitre y de una pluma inventados para los ciegos.

Entre los que perdieron la vista relativamente en edad avanzada, figuran Delille, Lamothe, Montesquieu, sir Josué Reynolds, Hándel, Juan Pablo Richter, Isaac Disraeli ¹, Jussieu, Rumpf (botánico), Cassini (astrónomo), Berard (matemático), el vizconde Cranbourne y el profesor Fawcett. Enrique Heine estuvo completamente ciego por espacio de ocho años antes de su

1. Mister Disraeli pudo continuar sus estudios literarios con la ayuda de su hija, á la que consagró recuerdo de gratitud en el prefacio de sus *Misceláneas de literatura* (edición de 1840), donde dice: « En medio de mi biblioteca me hallaba como si estuviese muy distante de ella. Mis trabajos sin acabar y mis proyectos quedaron paralizados. Lleno de alegre ardor, no me puedo pasear más allá del circuito vacío que hay delante de mí. El ciervo herido tiene el triste privilegio de llorar cuando cae, quizás porque no puede volver á correr en medio de los distantes bosques donde un día solía corretear... En medio de esta parcial obscuridad no carezco de una lejana esperanza ni me falta un consuelo presente; á la que con frecuencia me ha prestado la luz de sus ojos, la inteligencia de su voz y el cuidadoso trabajo de sus manos, debo, como autor, una deuda inmensa de paternal gratitud. »

muerte. Durante este período escribió algunas de sus obras más delicadas. Juan Pablo, que estuvo largo tiempo medio ciego, perdió al fin por completo la vista en el *Orcus de la Amaurosis*. Sin embargo, estaba interiormente lleno de luz, y ocupado hasta en sus últimos años escribiendo su *Celina*, para demostrar la inmortalidad del alma; el manuscrito no terminado de esta obra fué enterrado con él.

El más extraordinario tal vez de los ciegos fué el teniente Holman R. N., el célebre viajero ¹. Perdió la vista á los veinticinco años, y se vió en la necesidad de abandonar el servicio. Debió causarle gran tristeza la pérdida de la vista, porque era hombre de espíritu muy emprendedor. Pero una vez que se vió condenado sin remisión á total ceguera, su ánimo hizo un poderoso esfuerzo para sobrellevarla alegremente, y procuró adaptarse á su nueva situación. ¿Qué podía hacer? Tenía gran afición á los viajes y, sin embargo, era ciego. Á pesar de esto, se decidió á ensayar y empezó sus viajes. Empezó su primera jornada por Francia, aunque no conocía una palabra de francés. Cuando estaba en Londres le acompañaba un criado. Sin embargo emprendió solo sus viajes por Europa, Asia, América y Australia, comarcas que visitó enteramente, contando únicamente consigo mismo. El valor moral, la energía, la confianza de sí mismo, y el decidido espíritu emprendedor de aquel hombre ciego, hicieron de él uno de los más notables caracteres.

— La historia del profesor Fawcett, que explicaba eco-

1. Los viajes de Holman fueron publicados por él mismo en seis volúmenes, y además dejó una gran cantidad de manuscritos que estaba preparando para su publicación cuando la muerte puso término sus trabajos.

nomía política y fué después miembro de Brighton y secretario de la dirección general de Correos, cargos todos que desempeñó con gran talento y energía, ha sido el objeto de una admirable biografía que no necesitamos repetir aquí de nuevo. La sordera no excita generalmente tanta simpatía como la ceguera; aunque á juzgar por sus efectos, es probable que ésta sea una privación más difícil de soportar. Mientras que los hombres ciegos se distinguen generalmente por la dulzura de su carácter, los sordos son con frecuencia brutales y huraños. Esto procede probablemente de que el sordo se halla privado de los placeres de la conversación, que constituye el principal encanto del trato social. Toma asiento en un festín del que no puede participar. Contempla el placer de las alegres miradas y sonrisas en los que le rodean, y no puede compartirlas. « El contraste en sociedad, dice sir Guillermo Wilde, entre el ceño del que es en parte sordo y la sonrisa del que es totalmente ciego, es verdaderamente notable. » Hay, sin embargo, notables excepciones, por el contrario, en personas de superior entendimiento y en los que por ser totalmente sordos no sienten el fastidio de oír sólo una parte de la conversación ¹.

Así como Haendel se vió ciego en sus últimos años, Beethoven sufrió la pérdida del oído. El último estaba acostumbrado á tocar el piano, siguiendo las combinaciones de las notas en su oído, mientras que para los circunstantes gran parte de las teclas que tocaba permanecían mudas. Cuando empezó á notar que se iba quedando sordo, á los treinta años, intentó ocul-

1. Sir Guillermo Wilde *Ultimos días de la vida del deán Swift*.

tar este defecto á los demás. Evitaba las reuniones, porque, según decía, me es imposible decir á la gente: « Soy sordo. Si no fuera artista musical, la sordera sería una cosa bastante desagradable; pero para un músico es un tormento atroz. Empezó á aislarse cada vez más, y adquirió un carácter más irritable, mórbido y lleno de desesperación á medida que aumentaba su sordera, hasta que se apoderó de su mente la idea del suicidio. « El arte, decía, el arte sólo me contiene. Me parece imposible abandonar el mundo por completo antes de haber producido todo aquello de que me siento capaz. Ahora debo tomar por guía la paciencia, y espero que será constante mi resolución de sufrir hasta que el hado inexorable tenga á bien cortar el hilo de mi vida. » Después de este sombrío período de la vida de Beethoven, fué cuando compuso sus más grandes obras, su *Fidelis*, su *Prometeo*, su *Huerto de las olivas* y sus grandes conciertos y sinfonías. Hasta es posible que su sordera, concentrando su ánimo en sí mismo, y la soledad de la vida á que su enfermedad le condenaba, lograsen en no pequeño grado evocar y desarrollar las grandes facultades y energías musicales del célebre maestro.

Lo que principalmente diferencia la edad viril, es que el ánimo conserva aún la facultad de desarrollarse y se deja impresionar por las ideas nuevas. Sin embargo, hasta en la ancianidad, el doctor Johnson y Jacobo Watt, aprendieron nuevas lenguas y se impregnaron en pensamientos nuevos. Berzelius trabajó en su laboratorio hasta edad muy avanzada. Muchos hombres ancianos conservan el vigor, que es prerrogativa de la edad viril.

El proverbio francés dice : « Si jeunesse savait, si

vieillesse pouvait. ¹ » En la edad madura y en la vejez nos hacemos más afables, más humanos, más corteses y considerados. Los muchos años, por otra parte, no son testimonio de una larga vida. Algunos viven más en veinte años que otros en ciento. La vida del hombre debe medirse por lo que hace y por lo que siente ². El que más hace y el que más siente es el que más vive. Aunque algunos han sufrido las molestias propias del matrimonio, otros han tenido que lamentar su condición de solteros, olvidando que si no han tenido los goces de la vida matrimonial no han experimentado tampoco las tristezas de la misma. Debemos recordar que cada placer proyecta tras sí su sombra. Pope escribía á Marta Blount desde Twickenham: « Los consuelos que usted recibe de su familia me traen á la memoria lo que el anciano Fletcher de Saltoun me decía un día: « Ay de mí, no me queda más que morir; soy un pobre individuo aislado, y no hay una sola criatura que desee ó tema mi vida ó mi muerte. Es la única razón que tengo para arrepentirme de haber quedado soltero. Ahora voy siendo viejo, y estoy como un árbol sin sostén y sin tener á á mi alrededor retoños nuevos que me acompañen y protejan ³.

Pero si no tuvo ninguna de los alegrías que procuran los hijos, tampoco tuvo la pena de perderlos en tan temprana edad. Cuando Warburton perdió á su hijo

1. Si la juventud supiera y la vejez pudiera.

2. Ya lo dicen los sagrados libros: *Consummatus in brevi, explevit tempora multa*. Muerto en edad temprana, llenó con sus acciones largos años. — (N. del T.)

3. Elvin. Edición de Pope.

tísico, dijo que había perdido la mitad de su alma, y desde aquel día empezaron á decaer sus facultades. Lo mismo sucedió con Burke que perdió á su hijo, joven de brillante porvenir, en temprana edad. Hacia el fin de su vida recitaba á su padre los sublimes versos del *Himno de la Mañana*, de Milton. Precisamente cuando pronunciaba las últimas palabras faltáronle las fuerzas. La luz que había vacilado tanto tiempo en su candelero se apagó; cayó en brazos de su padre y murió. La pena de Burke fué terrible y faltó poco para que no sobreviviese á su hijo. Las últimas palabras de Burke fueron las mismas que las de Johnson y Wordsworth: « ¡Dios os bendiga! »

Hasta cierto punto el sufrimiento ó la suave presión de la tristeza nos hace desprendernos de la vida. Algunas almas han sentido la necesidad de la tristeza, y cuando no tenían motivos para estar tristes los inventaban. De aquí nace el culto de la tristeza de Goethe en su *Werther*, el abatimiento de Rousseau en su *Consolation des misères de ma vie*, la ardiente aspiración á la eternidad de Coleridge y el deseo de Keats de aligerar el peso de este misterio. Hasta Lutero, con su naturaleza jovial, viejo, helado y casi ciego, según se describe él mismo, luchaba contra la tristeza que le oprimía hacia el fin de la vida. « Me siento indolente, pesado é indiferente, dice; ó en otros términos, viejo é inútil. He acabado mi jornada y sólo me resta que el Señor me reuna á mis padres. Estoy fatigado de la vida, si es que esto puede llamarse vida.

Es triste morir joven, pero es más triste aún vivir demasiado y caer en la tumba que ha devorado ya todos los atractivos de la vida. Para individuos semejantes es preferible la muerte á la prolongación de la

vida. Hasta un escritor pagano describe la muerte como la puerta de la vida, pero para el cristiano es el umbral del cielo. Tomás de Kempis, dice: « Verdaderamente la vida del cristiano es una cruz, aunque es también el camino para llegar al Paraíso. » Hay muchos que, después de tomar la vida á broma, se despiden alegremente de ella y mueren en paz. La edad cae sobre nosotros antes de que lo echemos de ver, aunque hay ciertas naturalezas felices que parecen no envejecer y siguen estando en la niñez hasta el fin. Hay tiempo de primavera, de verano, de otoño y de invierno. Todas estas estaciones tienen sus bellezas, tales como la brillantez de la primavera, la gloria del verano, la fecundidad del otoño y la madurez del invierno. La naturaleza se renueva constantemente, y hay compensación en todas las cosas. Pero la felicidad y la miseria de la vejez es como el sedimento de la vida pasada. Sidney Smith acostumbraba á citar con el mayor gusto los hermosos versos de Waller:

« La triste morada del alma casi desmantelada y decaída deja pasar nuevos destellos á través de las rendijas que el tiempo ha abierto en ella. »

Sidney Smith fué uno de los hombres de mejor humor. Á los setenta y cinco años escribía: « Soy sobre todo un hombre feliz: me parece este mundo muy entretenido, y estoy muy agradecido á la Providencia por la parte que me ha reservado en él. » Sin embargo, era un hombre que en ocasiones sufrió mucho. Á uno de sus correspondientes le decía que se sentía tan bien como podía estarlo un hombre que tenía en sí tres enfermedades mortales¹. No pudo dejar de

¹ A los setenta y un años escribía á la condesa de Carlisle: « Es-

tomar á broma hasta el fin sus achaques. En su última carta á lady Carlisle, refiriéndose á la decadencia de su salud, dice : « Si oye usted decir que han desaparecido dieciseis ó dieciocho libras de carne humana, piense usted en mí. Estoy como si hubieran sacado un cura de mi cuerpo ¹ ».

Guillermo Tytler, de Woodhouselee, el historiador, disfrutó una vejez tranquila y pacífica. Tenía una receta dispuesta para sus amigos, que habla de él mismo en favor; era ésta : « manjares ligeros, pero agradables, música, y una buena conciencia. » El conde de Nesselrode, preguntado una vez acerca de cómo se conservaba tan vigoroso en tan avanzada edad, replicó que lo debía á la música y á las flores. Carlos Lamb, sin embargo, no sabía ni una palabra de música : decía que sólo conocía dos canciones, una de las cuales era *Good save the Queen* ². Una vez en un concierto en casa de Leigh Hunt, hallándose fastidiado por aquello que para él no era sino un ruido prolongado, dijo : « Si tuviese tan sólo un jarro de pórtier, creo que podría soportar esto ». Procuráronle el jarro de porter, y gracias á esto Lamb pudo pasar la tormenta.

toy perfectamente bien, á no ser por la gota, el asma y los dolores que tengo en todos los huesos y en todos los músculos de mi cuerpo. ¡ Qué enfermedad tan extraña es la gota ! Parece que el estómago se ha bajado á los pies. El menor desarreglo en el régimen riguroso se ve inmediatamente castigado por la cojera, y las inocentes articulaciones son atormentadas en castigo de los vicios de los órganos más nobles. El estómago, que ha hallado este medio fácil de encontrarse libre de inconvenientes, se torna cruel y despótico y castiga por la menor ofensa. Una ciruela, un vaso de champagne, el menor exceso de placer ó de pena, cualquier crimen, por pequeño que sea, es suficiente para acarrear rubicundez en la piel, hinchazones, espasmos y zapatos anchos. — *Vida y Cartas*.

1. La palabra *curate* del texto corresponde á ministro pastor protestante. — (N. del T.)

2. *Dios salve á la Reina*, himno nacional inglés. — (N. del T.)

Las delicias de Euler en su ancianidad, después que hubo perdido la vista, era la compañía de sus nietos, y su mayor descanso en medio de sus graves estudios consistía en enseñarles los rudimentos de las ciencias. El doctor Robison, como Euler, tenía su mayor placer en la compañía de su nieto. « Me deleito de un modo infinito, escribía á Jacobo Watt, observando el desarrollo de su alma de niño, y especialmente de la multitud de instintos que en un principio pasan inadvertidos. Doy las gracias á los teóricos franceses por haberme obligado á fijar mi atención en el dedo de Dios, que discierno en cada movimiento torpe y en cada capricho obstinado. Siento no tener tiempo para hacer de la infancia y del desarrollo de sus facultades mi único estudio. Dos años después el doctor Robison abandonó para siempre á su pequeño compañero de juego.

El doctor Black, el venerable profesor de química de Edimburgo, hombre dotado de alma agradable y hermosa, esperó con paciencia el último latido de su corazón. Al morir estaba sentado en su silla, y dejó la vida tan quieta y apaciblemente, que no se vertió una copa de leche y agua que tenía sobre las rodillas. Se despidió de la vida á los setenta y un años. En realidad no murió, sino que pasó sencillamente al eterno descanso.

Igualmente tranquila fué la muerte del doctor Henry, el historiador, á la edad de setenta y dos años. Era vecino de Stirling, cuando escribió á su joven amigo sir Enrique Moncreiff, de Edimburgo, y le rogó que fuese inmediatamente : « Tengo algo que hacer esta semana, dijo; tengo que morir. » Sir Enrique fué, y lo encontró muy abatido. Sin embargo, estaba sentado en